

EL MUNDO

Domingo, 23 de octubre de 2005. Año XVII. Número: 5.794.

OPINION

CARTA DEL DIRECTOR

La Pimpinela Escarlata

PEDRO J. RAMIREZ

Es lógico que la autodefinición de Zapatero como «rojo» haya ocasionado una mezcla de revuelo, irritación y desdén parlamentario. «¡Qué nivel!», acabó exclamando Rajoy en la sesión de control del miércoles, pensando sin duda en lo que les habrían dicho a Aznar o a él si, aunque fuera en el contexto de la charla jovial con la directora de una revista, se hubieran proclamado fachas o simplemente azules.

Pero, aparcando de momento la puerilidad desafiante con que a menudo se abusa del doble rasero ideológico aún vigente en la España oficial, lo que no ha causado esa declaración es sorpresa. Al menos no entre quienes han sido testigos con cierta frecuencia de la espontaneidad presidencial. Expresiones como «es que yo soy mucho más de izquierdas de lo que la gente cree» son, de hecho, casi un estribillo en cualquiera de las divagaciones que emprende Zapatero cuando tiene ganas de explicarse y explayarse.

Lo enfatiza desde su serena cordialidad, desde su adicción al debate con quienes no piensan como él, pero como expresión también del viejo dicho de que quien avisa no es traidor. He ahí la clave del que en mi opinión está siendo el gran fracaso político del presidente: si sólo fuera por su dichoso talante él sería un gobernante integrador, pero es que tras la grata máscara de su sonrisa, tras los buenos modales del demócrata formal late un corazón sectario al que -ay- sólo se le enciende una de las luces del semáforo.

No es que esté engañando a los españoles, sino que el suyo es un caso de desdoblamiento de personalidad a lo Jekyll y Hyde, pero con pleno conocimiento de causa. Como en ningún momento de la metamorfosis deja Zapatero de ser él mismo, el proceso se parece más al de los héroes del cómic que en medio de sus insulsas existencias sienten de repente la pulsión de ponerse el traje de faena, hacer acopio de sus poderes ocultos y afrontar los más grandes y nobles empeños. Es el momento en que Clark Kent entra en la cabina telefónica y en el que Batman y Robin salen de su batcueva.

Pero puestos a especificar, y ya que el presidente ha catalogado su idiosincrasia por mor de los tópicos cromáticos, cualquier buen amante de las novelas de aventuras deberá concederme que el personaje que mejor encaja con la pauta vital de Zapatero es el de Sir Percy Blakeney, protagonista de La Pimpinela Escarlata y antecesor de todos esos héroes transformistas.

Tal y como fue concebido por su creadora, la Baronesa Orczy, Sir Percy es un gentleman despreocupado hasta parecer indolente, amable hasta resultar cursi y complaciente con todos hasta pasar por un completo sin sustancia. Sin embargo cuando la ocasión lo requiere emerge como el resuelto y heroico líder de una sociedad secreta, una especie de masonería de la aristocracia, llamada la Liga de la Pimpinela Escarlata, dedicada a realizar incursiones en la Francia del Terror jacobino para arrancar de las mismas mandíbulas de la guillotina a personajes de alta alcurnia.

A modo de tarjeta de visita, cada vez que realiza una de sus hazañas Sir Percy hace llegar al siniestro fiscal Fouquier-Tinville una pequeña flor encarnada. La autora tituló un breve relato que sirvió de preámbulo a la novela, a su versión teatral y a su adaptación al cine de El clavel rojo, pero luego pensó con buen criterio que la humilde pimpinela, tan común en las cunetas y veredas de la campiña inglesa, podría darle mayor juego literario.

En definitiva se trata de explotar el mito de cómo dentro de todo hombre corriente puede habitar ese ser extraordinario que en la hora de las brujas sale de sus pantuflas para cumplir un destino épico. Así es como parece sentirse Zapatero cuando se ufana de haber hecho realidad la ley del matrimonio homosexual, cuando se deja querer como el justiciero de las mujeres o cuando habla de la recuperación de la memoria histórica y hasta del futuro Estatuto catalán como expresiones de su concepto de los «derechos de ciudadanía». Ahí queda mi huella, viene a decirnos. No descarten incluso que encuentre inspiración en este artículo y los próximos proyectos de ley que apruebe su gobierno incluyan bajo la rúbrica una nueva variante de diseño de la emblemática rosa socialista.

Como Sir Percy, memorablemente interpretado en el cine por un Leslie Howard entre pánfilo y eléctrico, Zapatero vuelve beatíficamente a sonreír al cabo de cada uno de sus golpes de mano con la quietud del que nunca ha roto un plato. Sin embargo, ninguna de sus incursiones en el BOE o en la jungla de las propuestas políticas resulta inocua. Nunca un Gobierno en minoría había cambiado tan deprisa tantas cosas esenciales. Lejos aún del ecuador de la legislatura, en España los hombres se casan entre sí, los delitos son distintos según el sexo de quien los cometa, el número de inmigrantes se acerca en algunas zonas al 20% de la población, Polanco tiene aquello por lo que llevaba

15 años suspirando, Fidel Castro ha encontrado por primera vez en medio siglo un gobierno amigo en Europa occidental, Cataluña está a punto de autoproclamarse «nación», el Tribunal Supremo lleva camino de partirse en 17 trozos y ETA ensaya ya la liturgia de una negociación de tú a tú con el Estado. Caray, debe pensar Alfonso Guerra desde su recién estrenada melancolía de estadista, ¡y era yo el que decía en el 82 que a España no iba a reconocerla ni la madre que la parió!

La «pasada por la izquierda» que no tuvo lugar entonces se está produciendo ahora prácticamente en todos los ámbitos de la vida española, a excepción de la economía. Con la boutade del «vuelva usted, señor González», Rajoy ha querido subrayar que aunque el felipismo incurrió en abusos terribles -el crimen de Estado y la corrupción- nunca alteró los aspectos sustanciales del pacto constitucional, tan oportunamente elogiado anteayer por el heredero de la Corona. Derrotar en las urnas a una apisonadora política como aquella fue una labor titánica, pero una vez que se produjo la alternancia la regeneración fue coser y cantar, pues, al haberse producido esos excesos fuera de la legalidad, su huella se extinguió con la salida del poder de sus protagonistas. Ahora será mucho más complicado porque todo está sucediendo dentro del más exquisito respeto a las formas de esa legalidad constitucional que llevamos camino de modificar y hay episodios, como la aprobación del Estatuto por casi el 90% del Parlamento catalán, que -ocurra lo que ocurra- serán ya un lastre para varias generaciones de españoles.

Como en el mundo de Sir Percy Blakeney, la fachada amable no debe engañar a nadie. Con extraordinaria sangre fría Zapatero ha puesto a galopar a España por la peligrosa senda de una revolución de terciopelo sin que probablemente él mismo sepa ni a dónde quiere llegar ni a dónde pueden llevarle los acontecimientos si se le desbocan. El problema es que cuando Havel y los suyos pusieron en marcha la dinámica política que acabó con la destrucción de Checoslovaquia estaban enfrentándose a un Estado totalitario fruto de artificios históricos y lo que Zapatero está erosionando de forma difícilmente reversible es el régimen constitucional más estable y democrático que nunca ha tenido nuestra España milenaria.

Ya que el propio Zapatero le ha puesto el color, digamos que se trata de una revolución de terciopelo rojo, suave, mullida y equívoca como su protagonista. Hablamos, eso sí, de una tonalidad del rojo heterodoxa y posmoderna, en la que la lucha de clases ha sido sustituida por la receta de aquel Richard Florida que propugnaba como motor para el progreso una buena combinación de población homosexual, conjuntos de rock y gabinetes de tatuajes. Y, sobre todo, hablamos de una tonalidad del rojo que se define más por la vía de la confrontación con la caricatura de una derecha imaginaria que por la propia

afirmación de los valores tradicionales de la izquierda. De hecho lo esencial del empeño de Zapatero es tratar de sustituir el consenso de la transición por un orden nuevo del que de facto quede excluido el PP.

El más garrafal de sus errores está siendo referir el presente al peor de nuestros pasados -sólo alguien que tiene eso en el subconsciente puede autodefinirse hoy en día como «rojo»-, como si los debates de la España de hoy fueran la oportunidad de cambiar el desenlace de una tragedia que se desencadenó hace 70 años. Desde su propio discurso de investidura Zapatero ha estimulado ese revisionismo en el que jamás incurrió González. Hasta el extremo de que si a veces hay que decirle al PP que no siga empeñado en intentar ganar las elecciones del 2004, tampoco estaría de más advertirle al PSOE que ya nunca podrá ganar la Guerra Civil del 36.

Cada día es más patente cómo esa irresponsable obsesión por mirarlo todo a través del retrovisor enturbia nuestra convivencia. Nadie puede dedicar sino palabras de condena, repugnancia y desprecio a los estúpidos vándalos que tratan de contestar un acto académico con la violencia verbal y física, pero si se emprende el vía crucis de la «recuperación de la memoria», esta debe ser, como ha escrito el hispanista Bartolomé Bennassar, «total, inequívoca, fechada y llevada a cabo de manera metódica y rigurosa». Eso es lo que ha hecho, él mismo, en su libro *El infierno fuimos nosotros*, cuya lectura recomiendo como bálsamo frente a cualquier sectarismo.

Según Bennassar lo que sucedió en España fue el «enfrentamiento de dos voluntades de exterminio» y «en ambos bandos se traspasaban las fronteras de lo ignominioso al eliminar físicamente a miles de hombres y en menor grado de mujeres, cuyo pecado capital era su estatus social o su cargo». Los crímenes de los sublevados, que se prolongaron después durante el franquismo, fueron incontables y horripilantes. Pero otro tanto cabe decir de los cometidos en nombre de la República; y este ecuánime erudito de la universidad de Toulouse no deja de definir a Santiago Carrillo como uno de los «tétricos agentes del sistema». ¿Qué necesidad había de reabrir todas estas heridas con provocaciones como la de Peces Barba al hablar de «buenos» y «malos», nada menos que en el homenaje a alguien que, según demuestran los hechos, pudo ser repulsivamente «malo» y providencialmente «bueno» en etapas sucesivas de su dilatada vida?

Esta peligrosa deriva tiene, en todo caso, un componente de confusión y atolondramiento que en cierto modo la desdramatiza. Ya se sabe que entre lo heroico y lo ridículo hay a veces muy escueto trecho y si La Pimpinela Escarlata es el antecedente de muchas arriesgadas y meritorias hazañas, también lo es - por la tendencia metepatas de Sir Percy- de La Pantera Rosa o incluso de

Mortadelo y Filemón. Al disparate de haber abrazado como propia la causa insolidaria del nacionalismo catalán -¿Pero, chico, qué hace un «rojo» como tu en un Estatuto como este?- Zapatero y sus compañeros de viaje suman ya tal concatenación de resbalones, zambullidas en piscinas sin agua y demás despropósitos que lo que han logrado es suscitar un cerco de desconfianza que estos días va estrechándose a su alrededor a una velocidad inaudita.

Como muestra un botón. Mientras Maragall pasmaba a propios y extraños con la abortada crisis de gobierno en la que pretendía hacer archipámpano a su hermano y mientras los más lúcidos dirigentes del PSOE, moviendo con reprobación y desasosiego la cabeza, se preguntan con qué votos cuenta Zapatero para arreglar en Madrid el desaguisado de un texto que él mismo reconoce que se le ha ido de las manos mientras se tramitaba en Barcelona, a los ínclitos líderes del PSC no se les ocurre otra feliz idea que la de enviarnos a cientos de periodistas un estuche con el texto del Estatut en cuyo exterior figura grabado el famoso poema XLVI de La Pell de Brau. Pero, alma de Dios, Iceta, ¿es que no se os ha ocurrido pensar que cuando Espriu dice que «a veces es necesario y forzoso que un hombre muera por un pueblo, pero nunca ha de morir un pueblo entero por un solo hombre», tanto en Cataluña como en el conjunto de España le íbamos a poner nombres y apellidos a tan juiciosa recomendación?

Maragall es ya un peso muerto que todos los partidos catalanes, empezando por el suyo, quieren arrojar al fondo del Puerto Olímpico. Si el PP juega inteligentemente sus cartas en cuestión de meses puede conseguir que en la sociedad española cuaje la determinación de hacerle pagar a Zapatero un alto precio político por el lío en el que tan innecesariamente nos ha metido. Pero mucho cuidado con pretender abatirlo con mandobles toscos como brochazos o con minusvalorar la legendaria capacidad de La Pimpinela Escarlata de escabullirse hasta de las peores trampas. Ganará la partida el que mejor juegue sus bazas. Tengan en cuenta que al presidente del Gobierno no le importaría lo más mínimo que al inicio de la próxima legislatura alguien pudiera resumir la situación con el título de la crítica que el corresponsal del New York Times dedicó en 1907 a la adaptación teatral de la novela de la Baronesa Orczy: «La peor función de Londres es la que más tiempo lleva en cartel».

pedroj.ramirez@el-mundo.es

© Mundinteractivos, S.A.